AÑO XXVIII. — Nº 1383.

EL DIA

MONTEVIDEO, JULIO 19 DE 1959.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



EL PORTAVIONES INGLES "ALBION".

Se espera mañana en nuestro puerto la llegada del portaviones "Albion", de la marina de guerra inglesa, nave que fue construída en la post-guerra, siendo la primera provista con el equipo de "mira de espejo para aterrizar". Puesto en servicio activo en el año 1954, este buque ha recorrido casi todos los mares del mundo en maniobras de la N.A.T.O. y de la S.E.A.T.O., realizando ejercicios combinados con naves de guerra de otras naciones. Su tripulación alcanza los 1.500 hombres. Este es el quinto buque de la armada inglesa que lleva el nombre de "Albion", que data de una corbeta del año 1763.



EL MAR Y LA LLAMA

Se llega hasta el borde del mar, trayendo a cuestas la carga cotidiana de preocupaciones y de problemas. Como una jauría enardecida, todavía hasta allí, nos siguen el dolor injusto, la herida sufrida, la pena inmerecida. El pesimismo y el cansancio son dos pesados grillos que hacen lento el paso. Y solos, como si se buscara evadirse de la dura tierra enemiga, se camina hasta el extremo de una escollera, el borde de la playa, un médano justo al mar.

Sobre el inmenso escenario líquido, las olas prosiguen, desde hace centenares de siglos, su juego eterno. Llegan, desde la línea del horizonte, ondulaciones rítmicas. Mas, hay, sin duda, a unos centenares de metros de la costa, unos arrecifes escondidos o un banco de arena, porque allí aquellas ondulaciones acompasadas se alzan como corceles sorprendidos y luego prosiguen su carrera, altas y abiertas las crines de espuma. Y así llegan, en escuadrones sucesivos, hasta la costa donde se extienden ampliamente con un rumor sonoro.

Los ojos que llegaban —como con lentes negros— encadenados a la visión interior, son tomados por el renovado espectáculo del formarse, primero, y el deshacerse, luego, de las olas que van llegando. Las pupilas van a buscar en la lejanía la ondulación que se inicia, la siguen en su trayecto, la ven levantarse en aquellos arrecifes, abrirse en manteles de espumas y terminarse en el festón blanco sobre la arena. Y los ojos saltan de nuevo a buscar allá lejos otra ola y otra ola. Y, después, otra ola más.

La contemplación del mar hace bien al espíritu del hombre porque lo pone al compás de uno de los grandes ritmos de la naturaleza. La moderna ciencia neurológica, llamada "cibernética", demuestra que una pena, una preocupación, una idea obsedante, corresponden a circuitos cerrados donde cae el pensamiento y no puede salir. Justamente, la palabra "obsesión" tiene una etimología y una significación que corresponden a ciudad sitiada. ¿Cómo salir del círculo de interminable giro? ¿Cómo del pozo donde se ha caído y cuyos bordes no se alcanzan? ¿Y de la ciudad sitiada, cómo?

Hace veinticinco siglos, decía Heráclito que el artista logra serlo realmente sólo cuando coloca su espíritu al compás de los ritmos de la naturaleza. Los filósofos griegos, que buscaban para sus diálogos la orilla del mar, estaban en el secreto de esa verdad fundamental. De cualquier parte del archipiélago de las islas del Mar Egeo, de las costas de Asia Menor y del borde de las península balcánica, itálica e ibérica y también del Norte africano, que constituían realmente toda la Grecia antigua, se veía siempre el mar. Un mar, ora azul cobalto, ora violeta, sin temporales y ni siquiera mareas, permanentemente sereno, que hizo a su imagen a quienes realizaron el milagro griego, resplandor brillante que duró cinco siglos en el borde de todo el Mar Mediterráneo.

El rumor de nuestro mar que llega, a través del bosque, tocando a su paso el cordaje de los árboles, el roce de seda de las olas sobre la playa —que de tiempo en tiempo corta un ruido más hondo como si nuestro mar también suspirara—, las cabalgatas incesantes que llegan a la costa y los pianos de espumas que se abren sobre la arena: son los valiosos regalos que se pueden hacer a un espíritu necesitado de serenidad y armonía.

El maravilloso corazón artificial de la más avanzada cirugía intracardíaca, saca el cuerpo del paciente del área de su pequeño corazón enfermo, que late como una medrosa paloma. Entonces, durante un tiempo, que puede llegar hasta casi una hora, el aparato le transfiere sangre oxigenada normalmente y con el mismo ritmo de la salud. El inmenso mar está allí, a nuestro alcance con sus sístoles y sus diástoles gigantescas y eternas, dispuesto a volver al compás de la naturaleza al alma que ha caído en el pozo hondo de una pena, al pensamiento taladrado por la idea corrosiva, al espíritu oxidado por la herrumbre de lo cotidiano.

*

¿Y la llama? También pueden pasarse horas —y con qué prolongado placer para el espíritu— mirando la obra de permanente creación que es la llama. Hay unos leños en una estufa. Se les acerca el fuego, y pronto unos duendes de colores vivos danzan sobre los leños. Los ojos —y, tras ellos, la mente toda— son tomados por el espectáculo cambiante y constantemente animado de la llama.

Como el agua sobre la arena de la playa, las llamas se deslizan tenues, azules, rojas, violáceas, a lo largo de los fuertes troncos. Todas las formas, todos los colores y también todos los sonidos. La llama es el símbolo, simultáneamente, de la permanente formación y de la perenne destrucción. Comienzo y término, al mismo tiempo, cada forma y cada color no alcanzan a concretarse cuando deben dejar su sitio a nueva forma y a nuevo color que serán, a su turno, igualmente desplazados. Es la exacta representación del curso de nuestra mente donde cada pensamiento no acaba de ser esbozado y ya debe ceder su lugar al pensamiento que le sigue. Cada llama que se forma y se consume es de nuevo la lucha de Prometeo y el águila que lo devora, mito que condensaba los padecimientos y el castigo del hombre cuando logró el fuego hasta entonces en poder de los dioses que lo manejaban en el disco ígneo del sol, la luz del relámpago, el fulgor de las estrellas.

El fuego no es una creación de la naturaleza, sino que es la obra del poder inventivo del hombre. Prueba de ello son las huellas, ya imborrables, que quedan después de un incendio en un bosque y también las cicatrices definitivas que deja el fuego en la piel humana. Pienso que el hombre estaba destinado a vivir sin el fuego; y es, justamente, por haber arrebatado su secreto a los dioses que Prometeo fue encadenado en las montañas del Cáucaso. Si los inventores de un elemento menos natural todavía —la energía intranuclear— no han sido castigados también severamente es porque ya no existen dioses o los hombres creen poder sustituirlos.

*

Al modo cómo, en el instante que precede a ciertas formas de la muerte, el pensamiento revive lúcidamente y con vertiginosa rapidez la existencia entera, el leño vegetal, a punto de transformarse, y para siempre, en cenizas minerales, parece revivir su existencia anterior de árbol. Quizás los cambiantes movimientos de la llama memoricen las danzas de sus ramas con las brisas, las incurvaciones dolorosas que le hacían gemir o el crecimiento que le traía todos los años cada primavera.

En la crepitación de la madera que se quema me ha parecido escuchar los golpes del hacha y el morder de la sierra sobre el tronco y, luego, la caída y, entonces, el lamento de todo el bosque. Yo no dudo que esas tablas recogidas en la costa traen los gritos de los náufragos. Y también en colores, tiene el leño que se consume en el fuego su visión retrospectiva. Con rapidez urgente toma entonces el recio tronco los mismos colores con que el sol le vestía cada mañana, los colores de sus flores y de sus frutos y también los de los pájaros pintados que lo habitaban.

Sentado frente a una estufa donde arden leños, no se puede hacer otra cosa que mirar la historia en colores que cuenta cada llama y que ilustra con explosivas crepitaciones. El borde del mar es buscado por los poetas porque les comunica una música singular, por los vagabundos desterrados de la tierra porque no han logrado hallar su ritmo en la tierra, por los enfermos porque les marca, como un gran metrónomo, el acompasado "tempo" propio de la salud y el equilibrio.

Frente al mar y junto al fuego la mente del hombre es ocupada por elementos exteriores y abandona los pensamientos que la obsedaban. Son ellos —los pensamientos que se traían— esos caracoles vacíos y retorcidos que se encuentran después en la orilla. También el paisaje de las sierras, en un día luminoso, cuando sobre las serranías de piedra plateada se mueven lentamente las grandes sombras de nubes redondeadas, puede apartar de un camino doloroso el pensamiento del hombre, que entonces puede abrir los baúles donde guarda las riquezas de su imaginación.

La llama y el mar: el fuego y el agua. Que eran justamente dos de los elementos fundamentales para los griegos, quienes en su sabiduría buscaron el conocimiento de las grandes leyes de la naturaleza para no apartarse de sus dictados. Así lo hicieron, y su pensamiento y su filosofía rigen todavía, dos mil quinientos años después, los actos de aquellos hombres que procuran encontrar los ritmos naturales. Quienes se entregaron a la mecánica y a la velocidad y los que manejan en los modernos laboratorios energías que sólo eran propias de la naturaleza, podrán ser castigados por los dioses invisibles, pero existentes, de un modo no distinto de cómo lo fue, en su ocasión, Prometeo.

Isidro ***MAS DE AYALA***

(Especial para **EL DIA**)

LA simpatía que provocara la designación del señor Jorge Pacheco Areco para ocupar el cargo de Sub-Director de EL DIA púsose de relieve en la demostración que se realizó en su honor.

Demostración a la que acudieron numerosas personas en testimonio de aprecio y afecto a nuestro joven y distinguido compañero de tareas.

Numerosas adhesiones, cartas y telegramas fueron leídas durante el acto, por el Presidente del Club EL DIA señor Aaron Pou del Castillo, quien al tiempo de cumplir tan grata misión, dio paso a la parte oratoria.

Ofreció el homenaje a expreso pedido de los organizadores el Sub-Secretario de Redacción señor Raúl Arredondo quien se expresó en brillante oración de amistad y colaboración.

En nombre de sus compañeros de trabajo de la Aduana habló con elocuencia el Escribano Alfredo Nebel Palomeque, produciendo una grata nota de afecto y cordialidad.

Por el personal de EL DIA el señor Rodolfo Obregón reiteró con espirituales palabras, el concurso de los inmediatos colaboradores.

Reclamado por pedido insistente el señor César Batlle Pacheco expresó la satisfacción que le causaba el que un joven de las condiciones morales e intelectuales del designado, por el cual tenía un profundo y marcado afecto, ocupase un puesto de tanta responsabilidad como el que se le confiaba.

Finalmente y en medio de una sostenida ovación hizo uso de la palabra el señor Jorge Pacheco Areco, quien manifestó que deseaba hacer propicia la ocasión para destacar algunos aspectos de su posición frente a la honrosa designación de que había sido objeto.

"El diario EL DIA es nuestro medio "—dijo— la materialización del concepto "ideal de una prensa libre puesta al ser"vicio de la colectividad, que fundó José "Batlle y Ordóñez para hacer de sus co"lumnas, pujante fragua en la lucha por "la conquista y consolidación de la liber"tad política, la justicia y el bienestar ge"neral del país.



AGASAJO AL SEÑOR JORGE PACHECO ARECO

"Sus hijos —agregó— en batallar inde"clinable que superó con vigor y resolu"ción el luctuoso período que para la de"mocracia y para la prensa libre significó "la dictadura de 1933, han mantenido en "alto esa tradición de nuestro diario."

Y agregó a continuación: "Fue siempre "para mí justo motivo de orgullo el inte"grar el cuerpo de redactores de EL DIA, "compartiendo así las nobles inquietudes "que alientan en el ámbito de nuestra casa "periodística. Júzguese, en consecuencia, "el alto honor que significó para mí el he"cho de ser llamado a ocupar el cargo de "Subdirector, que me sitúa en el nivel de "inmediato colaborador del Director, se"ñor Rafael Batlle Pacheco, a cuyo lado "viví la orientación y experiencia que hoy "me permiten compartir sus responsabili"dades. He llegado hasta este puesto con "el firme propósito de consagrarle todo mi "empeño, sin escatimar esfuerzo tendiente "a responder conforme a ese honor y a "esas responsabilidades".

Finalizó expresando: "Debo destacar que "desde el día que comencé a cumplir las "tareas inherentes a mi nueva situación, "conté con el amplio y solidario apoyo de "todos cuantos integran nuestra grande y "unida familia, que diariamente auna su "quehacer en entusiasta y fecunda coope"ración, a fin de dar cima al complejo pro"ceso por el que ve la luz cada edición de "EL DIA.

"Por ello quiero hacer llegar hoy a esos "compañeros la expresión de mi profundo "reconocimiento y la seguridad de hallar "en mí en todo momento el amigo que "tanto han sabido merecer."







El guardián nocturno de Guanabara.



Luces y visitantes crepusculares de Copacabana.



Los "morros" de Copacabana surgiendo en la luz amarilla del alba.

VOLANDO A RIO

LLEGUE esta vez a Río con el firme propósito de no dejarme seducir por los deslumbramientos de mera superficie y permanecer invulnerable a todo ese increíble esplendor de pavorreal, a todas sus brujerías de formas y tonalidades cambiantes.

Me había propuesto pasar de largo frente a Guanabara, darle la espalda a Flamingo y apurar el paso frente a Copacabana y a Urca, en procura de ese otro mundo inaccesible de las "favelas", que rara vez suele ser una etapa en los excursionistas de paso.

Sabía en carne propia cómo influye la fuerza creadora de la Naturaleza que surge a diestra y siniestra por toda la mágica perisferia de la embrujadora ciudad, que no mitiga nuestro asombro en todo el día.

Soy, sin duda, sensible a quedar sin aliento frente a los grandes prodigios naturales y ponerse a anunciar a gritos las maravillas que en Río surgen con loca prodigalidad a cada instante, resulta a estas alturas un síntoma que linda con la ingenuidad y la novelería.

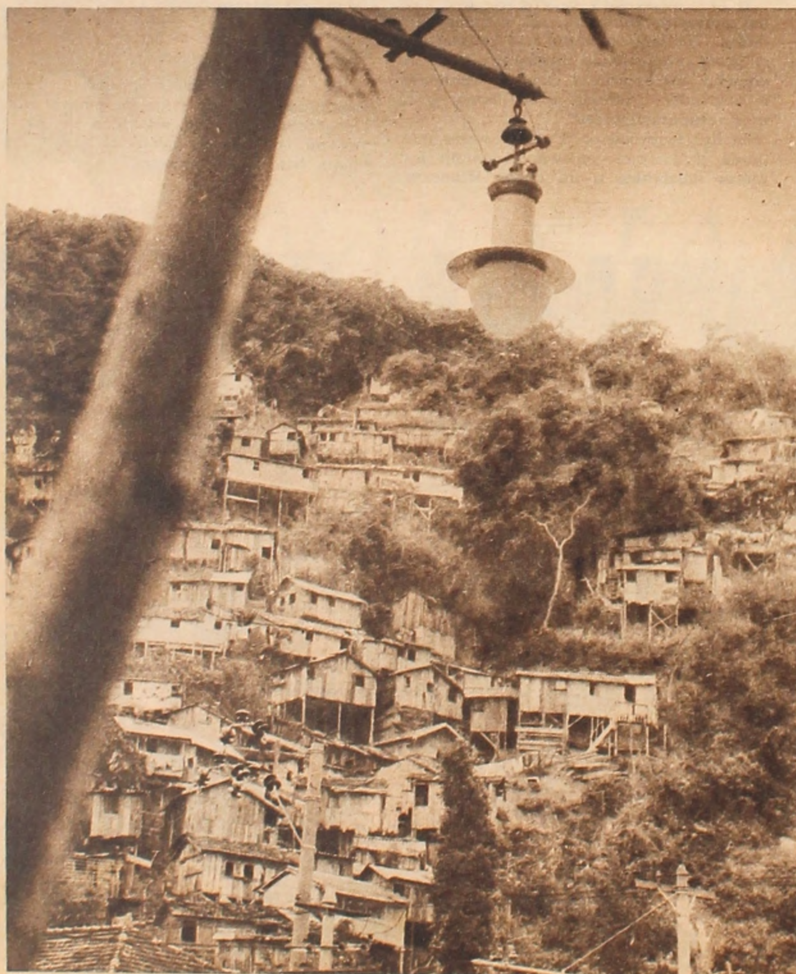
¿Debemos dejar por eso de maravillarnos, aunque estemos acostumbrados a la pobreza con que la Realidad nos ofrece las ruinas y la mercadería desencantada de cada día?

Nadie duda de que se ha dicho ya todo lo que sobre Río es posible decir. Que las palabras parecen viejas monedas carcomidas, de valor olvidado, cuando se trata de traducir en letras de moldes los maravillosos efectos que Río produce, no obstante, en legiones de viajeros embobados, que lo descubren como si ellos lo hicieran por primera vez, como sucede con los adolescentes al descubrir el amor todas las primaveras.

Pero Río hace polvo toda prevención y siempre se apodera de la admiración incondicional de los que todavía son capaces de maravillarse. Para eso está allí Río, surgiendo entre la niebla rosada del mes de julio, como una sinfonía hecha de piedra y luz, de hierro y electricidad, tratando de iluminar nuestros corazones como posiblemente ilumina cada amanecer el de los pobres negros que viven prendidos a su miseria en las altas "favelas", las cuales dan la impresión de que estuvieran a punto de emprender el vuelo.

Río tiene siempre el esplendor de las alas azules de sus propias mariposas que le disputan el aire transparente a las chillonas golondrinas que a lo largo de todo el año hacen sus nidos en la esmeralda vegetación de los "morros", tan incomunicables entre sí, como las clases sociales que le dan unas características insospechadas a la multiforme urbe.

Porque pocas ciudades conjugan como Río el actual tema de la vida. Los contrastes siguen proporcionando el más curioso espectáculo en el conjunto de la actividad ciudadana. Ricos y pobres. Oro y fango. Exito y frustración. Bebiendo con-



Las casitas de las "favelas" parecen prontas a levantar el vuelo.



Negra bahiana vendiendo confituras típicas en las calles de Río



El Cristo del Corcovado.

Estos son los "magos" que ponen en funcionamiento el funicular que sube al Pan de Azúcar, uno de los miradores del mundo.

tinuamente por los ojos el regalo fascinador del paisaje y disfrutando de un clima que hace circular la sangre en las arteria con un raro frenesí de ardientes alcoholes los habitantes naturales de Río, son a pesar de otros muchos inconvenientes, poseedores de una entrañable simpatía y de una comunicativa dulzura. Se buscan y se encuentran. Se hablan entre sí. Sonríen. Soportan la brutal inflación que los imposibilita, con una actitud estoica y sin malos humores.

La vida se desparrama por las calles de Río como si su procedencia fuera la diabólica caja de Pandora. Hay ruido y color. Continuas explosiones de cohetes. Y música de "samba". La miseria y la tragedia dicen también "presente", y se amalgaman a la marea humana que se precipita inconsciente hacia lo que está cada vez más próximo, sin importarle un comino los mundos nuevos ni los imponentes "buildings" que surgen aquí y allá como espuma de vidrio.

Blancos y negros conviven en armonía, y sin conocerse demasiado, en esta urbe que cada mañana se levanta imponente de la pesada bruma gaseosa de color crema sucia y pone en moción a las cuadrillas de obreros municipales dispuestos a ganarles nuevos palmos al mar, que avanza codicioso y con piratería de bandera negra sobre las playas y lujosas ramblas costaneras de Río.

Míresele de donde se le mire, Río parece en todo momento aprisionada en los acantilados de sus salvajes "morros". Otros altos acantilados de cemento y acero levantan sus paredes blancas y a pico sobre los cañones zigzagueantes de las calles.

Al fondo de esa fantasmagórica "maquet'e" que construyeron los dioses y los hombres por partes iguales, corren las muchedumbres liliputienses, poseídas vaya uno a saber de qué fiebre loca y de qué mítica geomancia. Por centenares entran y salen de los ascensores. Acuden a tostarse en las playas. Queman sus ojos entre las paredes de celo-tex de los cuadrados "buildings". Llenan los teatros donde las revistas exhiben legiones de mujeres desnudas que mantienen en jaque a las comisiones de censura. Se echan a dormir, por minorías, en los umbrales que tienen por sombrilla el cielo estrellado de las apacibles noches.

A todas horas se los ve comprando diarios y revistas. Hartarse de "ice-cream" y vasos de jugo de "abacaxi" o inflamable "batida". Almuerzan en unos restaurantes circulares, que les obliga a tragar el primer plato en la entrada misma, y mientras el interesado va girando alrededor del mostrador y el cero de su propia nada, puede deglutir simultáneamente el contenido de los ocho platos que estipula el menú y en el tiempo que le fija la implacable mesa giratoria.

Por las calles céntricas los hombres van en manga de camisa. Las mujeres visten siempre las claras prendas del verano. Y en las secretas ambiciones de cada una, flamea el deseo tácito de ser este año o el otro, la popular muchacha que aspire al cetro de Miss Mundo en Long Beach.

Y así la vida sigue rodando, mientras se espera el Carnaval, haciendo sonar los dados para toda esa gente que corre, sufre, ama, busca el éxito, alienta la esperanza y vive de manera opulenta o desesperada en la más tridimensional de las Babilonias modernas, que es a pesar de todo, una de las caras luminosas de este universo en ruinas.

Para llegar a ella, uno de los buenos caminos es ascender a los Vickers Viscount de Pluna. El resto consiste en abandonarse al placer de vivir, en un grado tal que alcance la escala ascendente. Ahora es julio en Río. Es decir, el período más delicioso de su eterno verano, entronizado en el corazón de una ciudad que parece una flecha india empenachada y multicolor, clavada en el pecho vivo de la Naturaleza. En su sangre hunde los pinceles el crepúsculo y tiñe de rubí el poema verde del mar de Río.

J. R. CRAVEA

Fotografías de Américo Pini

(Especial para EL DIA)



Una ciudad que quita la respiración hasta a los dioses.

BEIRUT REMEMORADA

La visita a un país determinado —cualquiera que sea— implica, por lo menos, tres actos ineludibles en el comportamiento de cualquier buen viajero: la información con respecto al lugar, la experiencia habida en él y la rememoración ya más pausada, con su secuela de nostalgias.

Además, y como consecuencia de todo, el prurito de contar, de ponerse en comunicación con los demás para volcar algo —lo que sea posible— de la vivencia así encerrada en uno y, de todos modos, no compartible.

Pero en la tarea de dar salida a esa guarda cuidadosa de la emoción que en el recuerdo cabe, también corresponde fijar un orden. En lo íntimo, no se molesta la coexistencia de una variedad infinita de emociones, que están todas sustentadas por diversos acontecimientos, por muy distintas relaciones con cosas y seres. Pero no es lo mismo tratar de exponer esa compleja experiencia tal como se presenta en uno, porque de ninguna manera es posible el resumen más apretado, si se quiere ser justo.

Hoy he de empezar a referirme al Líbano. Entonces elijo. Y me pregunto, frente al derecho que me asiste de atender a preferencias personales, aunque sin olvidar la expectativa que el tema crea:

¿Qué es lo más importante de aquel país para mí? Pues, sin duda, Baalbeck; en seguida Biblos. No obstante eso, no es, exactamente, el Líbano, sino algo de los restos de su múltiple pasado. Debe quedar, lógicamente, para otra instancia del relato. Entiendo que ahora habría que entrar allí por algunos de sus aspectos más directos y contemporáneos, los que se dan en sus ciudades vivas, en su campo de hoy, con las gentes que ahora los pueblan. Por ello, no es extraño que, en ese orden de ideas, haya decidido escribir acerca de Beirut. Para el que pesquisa exotismo, otras ciudades hay dentro del mismo Líbano que mejor atenderían su ansia. Si por situarse en la costa del Asia se impone la referencia a aspectos y costumbres totalmente extraños a nosotros, cabría la descripción de algún pueblo de drusos en la montaña o de algunas zonas musulmanas de Trípoli y Saida. Pero, a mi juicio, aquello que descubre la singularidad del pequeño país, lo que define mejor lo que él tiene y conserva de típico y de más auténtico, se concentra en su capital. También Beirut es extraño, aunque no lo parezca en una visión rápida de su exterior. Si miran Udes. ese puñado de fotografías que acompañan esta nota, fácilmente imaginarán errores. Podrá parecerles que Beirut es una ciudad como cualquier otra o poco menos. Que admite adjetivos, pero que no impone la definición de un clima. Lo cierto es que rápidamente se advierte un hermoso sitio de implantación urbana y que eso puede satisfacer a muchos, aunque les conste que no es el paisaje lo que constituye la unidad de un conglomerado. Cuando se entra en Avila, o en Assis, o en Carcassone, ya se está ubicado. Pero cuando se entra en Beirut hay que tomarse el trabajo de descifrar su condición propia, más allá de la escenografía convencional que la envuelve. Pero tampoco es difícil, a lo que se me alcanza.

*

Beirut fue puerto fenicio y su nombre quiere decir "los pozos", porque, de antiguo el sitio había sido muy horadado en busca de agua subterránea. Pero sus antecedentes se remontan mucho más lejos, hasta el período neolítico. Los romanos que la cuidaron con deferencia, embelleciéndola, la llamaron Colonia Julia Agusta Beritus; luego cayó en manos de los árabes; después de los cruzados; por fin de los turcos. Pero será inútil buscar, en la apariencia, los rastros físicos de tan señalados antecedentes, de historia tan agitada y varia. Ni la traza urbana, ni los edificios que quedan, imponen la presencia de un pasado lleno de carácter y de pasión. El viejo Serrallo no es, al fin, tan viejo ni tiene real interés; su mezquita, que acondiciona al culto musulmán los restos del, ese sí, antiguo templo de San Juan de los Cruzados, tampoco merece atención particular. Más aún: cuando se llega a Beirut desde El Cairo o desde Damasco, casi da la sensación de que no se está en una ciudad oriental. La idea que inevitablemente llevamos con nosotros de lo que es o debe ser orientalismo se confirma y se pule en aquellas otras capitales, donde se mantiene como un aliento afirmativo de su estructura espiritual, aunque la primera se siga magnificando con rascacielos, ya que la arquitectura moderna —por buena arquitectura— tampoco lesiona su clara fisonomía ni ésta se altera por la cohabitación de las gentes de muy distinto origen y sana costumbre.

Pero, si esas otras ciudades deben considerarse como la medida o el patrón comparativo, Beirut no es exactamente oriental. No obstante, tampoco la consideraríamos occidental, si la relación se fija con Stockolmo o con Londres. Pareciera que cabe buscar su personalidad en un equilibrio entre dos posiciones que, al fin, no terminamos de definir bien; pero esa es una solución de compromiso que tampoco conduce a nada. Y, al fin es en esa característica de diferenciación con todo, que se establece su singularidad. Y se está dando, precisamente, en el hecho de que allí coexiste sin esfuerzo todo lo dispar; como si fuera el sitio donde se juntan el agua y el aceite.

Los nuevos edificios, algunos con empaque y lujo, siempre altos, se asocian naturalmente a las pequeñas casas envejecidas; y esto por doquier. No hay un trazado urbano coherente; ni grandes vías, ni avenidas. Nada puede distinguirse con destaque; no se ha previsto, siquiera, la más simple jerarquización urbana. Pero, pese a todo, la ciudad resulta atrayente. Y lo es, aunque, para ese juicio, no se tenga en cuenta a sus caminos costeros, a sus playas y farallones, o la montaña vecina, siempre vecina. Esta vecindad es la más evidente, pero tampoco llega a adquirir magnificencia o soberbia; la montaña no conspira contra la ciudad; se hace doméstica y le sirve. Está allí, en uso. Los beirutinos la utilizan y así definen uno de los aspectos ineludibles de su vida. Van a ella en el invierno para esquiar; vuelven a ella en el verano para escapar de los ardores de la canícula. Del baño en la playa al hotel o a la casa de veraneo en la altura se invierten pocos minutos. De todos modos, el que más o el que menos, tiene dos moradas; una en lo alto, la otra en la ciudad. Y ese trasiego se cumple también, desde y hacia Beirut, dentro de ella y en todos los pueblitos de alrededor (siempre se está alrededor; tan pequeño es, a fin de cuentas, el país mismo): como si se satisficiera de esa manera un ancestral ansia de migración o como si la trashumancia fuera un natural modo de vida.

*

Simplemente nos quedamos en Beirut. Y entonces, viviéndola sin prisas el asombro crece como una embriaguez cautelosa.

Los barrios cristianos y los musulmanes se relacionan estrechamente entre sí y no se altera de uno a otro, esa fisonomía exterior, de las fachadas sin carácter; tampoco es violento el cambio de trajes. El hombre musulmán viste como el cristiano: la mujer o las mujeres del primero llevan —a veces, no siempre— velo negro sobre la cara, pero ninguna otra variante en el atuendo, ya que la exhibición continuada de joyas en los dedos, los brazos y las orejas parece común a todas. Como esos chapines que calzan, cualquiera sea su condición. Pero algo en la aglomeración de gentes, y las variantes de un distinto entender de la higiene marcan la diferencia.

Dentro de esos contrastes hay otros que son, todavía, más extendidos: la de la riqueza o el lujo más refinados con la modestia natural, sencilla. Allí están los grandes hoteles y los centros de reunión social comparables a los más famosos de Occidente. Son definitivamente lo que parecen. Pero también dentro de las pequeñas tiendas de la "Calle del Oro", a un lado de la Plaza de los Cañones, aunque presentadas con recato, se atesoran fortunas fastuosas. Son pequeños negocios que, por ellos mismos, debían pasar inadvertidos, que se hallan agrupados en un conjunto de callecitas techadas con escaparates, también reducidos, donde se amelmazan sin ningún sentido de exhibición jerarquizada joyas de todo tipo; aunque merecieran ser fantasías, por cómo se presentan, son de reluciente oro; la colección sigue en el interior de cada limpio cuchitril, dentro y fuera de los lugares más insospechados; y los aurífices trabajan o pesan y avalúan atendiendo la oportunidad del imprescindible cambio de opiniones que toda transacción en el Oriente importa. Ud. no irá a un comercio para comprar, pagando lo que le piden. Si así lo hiciera, quizá el comerciante terminase por ser el primer asombrado; lo habría privado de una satisfacción: de ese juego teatral, perfectamente



El edificio municipal en el centro de la ciudad.

regimentado, por el cual quien tiene interés en vender demuestra que no lo tiene y el que está ansiando adquirir afirma por todos los medios a su alcance que puede prescindir de la compra si no se llega a un acuerdo planteado en el terreno de lo imposible. El primero pedirá más de lo que piensa obtener; el segundo, menos de lo que ha dispuesto pagar. El comerciante lo invita con un café o con un refresco y lo hace sentar; es parte de la más decantada hospitalidad oriental y si no se admitiera la deferencia, ello puede llegar a ofender a quien la ofrece; tampoco se obliga a nadie por el hecho de haber aceptado ese presente espontáneo por tradicional.

De todos modos, lo difícil será comprar, porque los ojos se llenan de maravillas y el comerciante huele de lejos la víctima propiciatoria y rápidamente la enreda en alguna fascinante escena improvisada de firmes hipocresías. Por eso, más difícil resulta no comprar.

Es lo mismo, pero en otra escala, de lo que debe pasar en el mercado callejero que de alguna manera se ubica como una continuación de este otro. Todo está a la vista, dentro y fuera de las casas; todo se ofrece y se merca; todo se vocea y las transacciones se gritan; un clima de aguda vocinglería y densamente perfumado.

La cosa sigue; otros comercios se abren por aquí, allá y acullá; y enfrente, en la acera, más vendedores insisten al paso de las gentes ofreciendo la mercadería depositada en el suelo, a su vera. Pero si uno se detiene frente a algún escaparate, pronto saldrá el propietario de la tienda, o el dependiente y entablará el diálogo que busca transformar al curioso en cliente.

Y esto con la moneda —allí hay cambio libre— o con camisas o calcetines o con dulces u hojillas de afeitar; cualquier cosa; lo que se le ocurra a la mente más perversa. Porque todo está en venta; todo y de todas partes; búsquese algo de origen inglés, sueco o sirio o lo que se quiera; allí está.

Uno se pregunta, al fin, si, puesto que todos venden, hay alguien que compre. Pero sí; lo hay. Y no somos sólo los extranjeros; esto no deja de abonar el asombro.

Por otra parte, después de esa experiencia tan agudamente mercantil no extraña mucho que, metiéndose por el lado de enfrente de la plaza, más allá de las agencias de transportes colectivos —con viajes vociferados— se extienda el barrio "non sancto" y que en él, las "pupilas" se anuncien con grandes luminosos donde constan sus nombres de batalla en dos idiomas.

*

En la ciudad aparentemente anodina y en donde el tiempo parece considerarse sin término fijo, a la oriental, existe una agitación violenta, un nerviosismo levemente angustioso. No importa que las gentes se sienten largas horas en la acera enfrentada a los cafés, repasando incansablemente las cuentas de un rosario de ámbar o fumando lánguidamente el narguilé, alquilado o propio; sin transición, los viandantes se mueven incansablemente y el tránsito, apelmazado, increíble, está en actividad continua y sorpresiva. Hay mucha gente en las calles: muchas más de las que es lógico imaginar; pero hay todavía más coches que gente. Y aunque aparezcan calles flechadas no se respeta la mano en el movimiento del tránsito; cómo y por qué, pese a todo, los vehículos se mueven, es otro misterio; de qué manera llega el peatón a atravesar las calles y en virtud de qué privilegio divino, no hay un accidente cada cuatro metros y todos los minutos del día, tampoco tiene explicación: y sin duda, no la requiere. Es la virtud de la ciudad. El hecho de que en ella existan tantas religiones y sectas distintas, que tantos dioses sean rogados diariamente, pero "con el mazo dando", puede que tenga algo que ver con todo esto; pero tampoco cabe darlo por seguro.

*

Beirut no será olvidada. Y en la rememoración, que es por donde se atraviesan las fáciles apariencias y se cuela uno en el misterio de la realidad, al agrado, al placer, se sumará, indefectiblemente, una explicable inquietud sin primera razón.

Fernando GARCIA ESTEBAN

(Especial para EL DIA)



Un paisaje muy típico de Beirut: la llamada gruta de la paloma.



Un aspecto de la costa de Beirut, con el hotel San Jorge en primer término.





MEDITACION ANTE LAS MUJERES DE GOYA

— I —

Lo que tienen de más importante las mujeres que pintaba Goya, es su maravillosa ingravidez, su aérea finura casi evanescente. Que se posan en la tierra, apenas: un breve contacto de sus pies con el suelo (recordad a doña María Tadea Arias), como un invisible punto eléctrico que las devuelve a su región del aire.

En un cuadro del Greco, la Ascensión de Cristo, hay un enorme gigante volcado a los pies del Resucitado; el cuerpo divino está en el aire, volando suavísimamente; y es en el corpachón que se cae hacia atrás, que se nos viene encima, donde reside la fuerza ascensional de Cristo. Los vuelos nunca se comprueban en ellos mismos, sino en lo que abandonan o derriban.

Pues así en el ritmo de las mujeres de Goya. No son ellas las que muestran su ímpetu ascensional, sino ese brevísimo contacto con el suelo, de sus chapines de raso; y ante nosotros aparecen como nubes graciosamente coloreadas, hendidas por ojos negros profundísimos que no nos ven.

(Las mujeres de Velázquez, tan perfectamente pintadas, no son para el cielo: pesan tanto, van tan recargadas de oro, de bordados, de solemnidad! Las que suben al cielo son las de Goya, porque a ellas no les pesa nada: ni carne, ni ropa; sus cuerpos están creados con la materia más alígera del color, sus vestidos son bellísimas espumas transparentes. Todas tienen un gesto de candorosa estupefacción: el de la criatura sorprendida con una estancia inesperada en un país que no contaba en su vuelo...).

— II —

Si recordáis las estupendas y sucesivas **María Luisa** pintadas por Goya como pintor que era de la Real Cámara, veréis que solamente los rostros acusan a la reina de sus pecados carnales. Sus ropas vuelan co[illegible]as, ondulan, se rizan en musical apariencia. Los rostros de María Luisa son infernales. Para los pecados de la carne, Goya —hombre primitivo y muy castigado en la suya— no tenía perdón. ¿Qué, si no maldiciones, son los aquelarres con brujas de caras espantosas? Todas las caras de esas mujeres siniestras están justificadas dentro de una masa negra de color; ojos y bocas, narices y mejillas vociferan lo feo del momento diabólico. Pero no hay cuerpos. Recordad los "Caprichos" y comprobaréis que en ellos no cuentan los cuerpos; para éstos, el pintor tenía culto entregado y no los admitía más que para darles vuelo, para irlos devolviendo a su elemento primerísimo: la luz.

La **Maja Enlutada** es uno de los cuadros más interesantes de Goya. Su rostro permanece indescifrable bajo el espeso velo que lo cubre. Su figura severa, inmóvil como un grito de dolor que subiera denso y se quedara en el viento, vibrando, pudiera ser una representación del Duelo por alguien de cuya desaparición se condoliera el pincel de Goya.

Y de esta Maja el cuerpo desaparece en el luto; no pesa, porque en Goya es imposible la gravidez, pero tampoco vuela. Atada a su secreta significación, la Maja de este cuadro clama allí por algo que no volverá a ser... Quizá llora el cuerpo de las Majas desnuda y vestida: quién sabe lo qué pensará ella misma debajo de sus velos densos y fúnebres, que la separan eternamente de nosotros, y que la simbolizan como el mismísimo llanto de España por su propia suerte!

— III —

Para los ojos, el cuadro prodigioso de **La lechera de Burdeos** es un regalo soberbio. La Lechera de Burdeos es una joven de rasgos fisonómicos confusos, captada por el ojo magistral de Goya en los límites de la realidad con lo infinito. Una masa bien calibrada de matices casi agrios, vela tras el cuerpo sentado de la moza. Esta no tiene existencia por sí misma: no es sino el pretexto pictórico para el maravilloso registro de un momento entre la vida y la muerte.

La Lechera, último ser pintado por Goya, vive en una densísima agonía consciente. Si por un lado su cuerpo, bulto apenas precisado, vive con simplicidad serena, por otro, su cabeza se halla inscrita en las regiones astrales...

Hay una extraña lividez en la luz que recibe a La Lechera de Burdeos, rayana en la pesadilla. El rostro de la muchacha es inexpresivo, como el de muchos personajes de los **cartones**: rostro amuñecado, estupefacto, que no ahonda la emoción del que lo mira. Sin embargo, su abandono suave, ese rozar apenas visible del vestido con el cántaro —imagen casi imperceptible— la concretan como una acariciada visión del Goya cuajado en su genial y eterno acierto.

Esta última mujer de Goya no pertenece al mundo. Los ojos del pintor no la ven en el mundo; la trasladan a la atmósfera de irrealidad tocada de humana agonía que iba a ser la suya inminente. Y allí nos la muestran, respaldada por luz del trasmundo.

El cántaro, pieza de preciso oficio, apenas se ve. El cuerpo, doblado, de la moza casi no existe; su rostro de vagas facciones no importa demasiado... Todo, más que volar (como antes) podría desaparecer, esfumarse: porque hay una luz tremenda, una luz apretada con las fuertes manos de Goya, que se desangra en res-



andores misteriosos, en místicos y astra-
s deliquios.

— IV —

Como no quiero hablar más que de los
ierpos femeninos pintados por Goya, no
ebería decir nada de otro retrato —el de
ı banquero— que posee todas las cua-
lades de su obsesionante concreción elu-
das en La Lechera de Burdeos. Ambos
ieron pintados en dos tremendos mo-
entos del espíritu del pintor; los de ma-
r iluminación, diría yo. Porque en el
trato del hombre se llega hasta la ex-
iustación y siempre genial certidumbre;
en el de La Lechera a la extraordinaria
hibición de la realidad que aparece tras-
isada por el misterio creador, por el su-
rmundo.

Y algún día será preciso estudiar los
ños que pintó Goya. No los hay más be-
s ni más puros en toda la pintura es-
ñola!

Dice Camón Aznar en uno de sus estu-
os sobre la estética de Goya, que es cu-
oso observar que por los mismos años
ie Goethe situaba el et rno femenino, co-
o tentación para todos los Faustos, Goya
uaba en la Mujer la sugestión de todos
s aviesos descarríos de la naturaleza.
o en los retratos, pero sí en los dibujos
cuadros de imaginación, las seducciones
ie la mujer emana transtornan maléfica-
ente los destinos normales.

Se deduce de estas sabias observaciones
mi admirado amigo y gran profesor de
rte, que Goya respetaba la realidad de
s criaturas que retrataba, aunque su ge-
o, al tocarlas, les transfundiera una su-
lísima divinidad.

Partía con ellas de lo visible para un
aje a lo perfecto sobrehumano. Y deja-
ı su venganza para los cuadros de fic-
ón, su dolido rencor de hombre engaña-
o herido por la mujer sin nombre de-
rminado...

Cuando la hembra sobresaltaba, iba, de-
cha, a ponerse una cabeza horrible, un
ierpo deforme, para sumir de este modo
feroz castigo que reservaba Goya a
rvas de mujeres maléficas.

¡Y así el pintor anduvo creando como
ı dios, cielos e infiernos de mujeres!

Carmen **CONDE**

Madrid, 1959.

(Especial para EL DIA)





Dr. CARLOS VAZ FERREIRA

ESTAMOS en deuda con el Dr. Emilio Oribe, Decano de la Facultad de Humanidades. Le debemos habernos facilitado el repaso y en algunos aspectos relectura de la obra casi completa del Dr. Carlos Vaz Ferreira, edición homenaje en diecinueve tomos de la Cámara de Representantes de la República. Nuestra deuda sería, naturalmente, un comentario, no a la edición en su aspecto material, pues, ella se honra al honrar así a un constructor de patria, sino al maestro creador de la obra.

Mas hablar de la obra del profesor Carlos Vaz Ferreira en el Uruguay es tocar un tema vidrioso y difícil, el de la filosofía. Y lo abordamos con una pregunta: ¿Es Vaz Ferreira un filósofo? Si lo fuera implícitamente, quedaría demostrado que hay una filosofía uruguaya. ¿La tenemos? La filosofía es una ciencia correlativa de la vida de los pueblos. La seguridad de vida de los griegos originó una filosofía, como la ambición alemana, como la claridad francesa, como la voluntad británica, como la fortaleza estadounidense, como la furia contra la vida de los místicos españoles, como la sensualidad italiana. Modos de interpretar la vida siendo y expresando el ser por la razón.

¿Es el uruguayo un pueblo seguro? Ahí no más se le ocurre a nuestro viejo Hum hinchársele las narices y vivimos en lamento bíblico. ¿Es un pueblo ambicioso? Ambicioso de bienes inmediatos, seguridad y jubilación, pero ambición histórica por la que los pueblos se superan, no. ¿Es un pueblo de claridad discursiva? Es confuso a fuer de simple, esa simplicidad que muchos confunden con la claridad pero que le es opuesta. ¿Es un pueblo de firme voluntad? La realidad es que somos abúlicos. ¿Somos fuertes? La prueba de las inundaciones nos ha demostrado que somos incapaces de sufrir serenamente los rigores del infortunio. ¿Somos contradictorios con nosotros mismos? Todo lo contrario, el uruguayo siempre está de acuerdo consigo mismo, porque sigue siempre la línea del menor esfuerzo. ¿Somos sensuales? Sibaritas, sí, sensuales, no. Estamos forjando una generación de señoritos, pero no de señores, que es lo que importa, de señores capaces de señorear sobre sus bajos apetitos para elevar su acción de vida.

No podemos separar la filosofía del filósofo y no porque entre ambos debe existir fatalmente una armonía directiva, sino porque toda filosofía es una respuesta humana a los interrogantes de la vida. ¿Cómo vi al hombre filósofo Carlos Vaz Ferreira? Recién desembarcado en Montevideo, después de tres años de amargura parisién, epílogo de algunos años de maldad franquista, me dijo el amigo Eugenio Alsina:

—¿Qué le parece si entrevista usted a algunas personalidades de nuestro país con miras a notas interpretativas?

—Mire usted, Alsina —le dije—. Vengo con una experiencia desoladora de lo que son los hombres y, si son prohombres, esa experiencia me ha demostrado que, como a los cuadros de pintura, lo mejor es verlos de lejos. Permítame que les vea y hablaré de ellos como en un cuadro oral impresionista.

—Como usted guste —me replicó.

Ese fue el origen de mis "Entrevistas sin palabras". Una de las primeras personas que fuí a ver en su salsa doctoral fue Vaz Ferreira, en una de sus conferencias del Paraninfo de la Universidad. Resumen de mi impresión fue una nota que terminaba así:

"...si algún día me preguntan: ¿Qué es la sabiduría? Responderé:

"La sabiduría es un anciano de frente despejada, ojos de mirada indefinida, sonrisa ingenua, labios finos, de paso lento, vacilante, y un leve tic nervioso como interrogante de su ataraxia.

"Y si además me preguntan: ¿Cuál es la gloria del filósofo? Responderé en forma de cuento: Era una vez un pensador laureado de obras y de días. Hablaba a un grupo reducido de alumnos, unos veinte a lo sumo. Entre éstos había dos hermosas señoritas que, mientras aplaudían, al final de la disertación, sonreían al Maestro, y él les agradecía con otra sonrisa. Porque, ¿qué mayor gloria para el pensamiento filosófico del Maestro que una flor de sonrisa femenina, juvenil?"

Pasaron unos días. En uno de ellos, por culpa de no sé qué pecados míos, estaba en el Ateneo, y esa gran animadora de misiones culturales que es Reina Reyes, me dijo:

—¿No conoce a Vaz Ferreira? Los voy a presentar.

A fuer de tímido o retorcido —pues todo es uno y lo mismo— rehuyo las presentaciones, pero ¿cómo decir que no a Reina Reyes? Y allí fue:

—El Dr. Vaz Ferreira, el Sr. Ferrándiz Alborz...

Y a las primeras de cambio, el Dr. Vaz Ferreira me espetó:

—Usted es ese que se ha permitido llamarme anciano... —y sin más explicaciones dio media vuelta y se fue.

Comentaba Reina Reyes:

—No aguanta que se le llame viejo, y menos aún anciano...

Yo me quedo con la lógica vital de los campesinos de mi tierra, cuando sentenciosamente dicen: *"No hia mes remey, morirse o ferse vell"* (No hay más remedio, morirse o hacerse viejo). No querer ser viejo es sencillamente miedo a la muerte, actitud indigna de un filósofo. Pero dejemos esto.

Pero es difícil comprender cómo este hombre que no quería ser viejo, se caracterizaría como creador de una filosofía que no envejeciera. Pero, ¿qué es filosofía? Francisco Romero nos presenta algunas definiciones en su opúsculo "Qué es la Filosofía": "La filosofía es esencialmente metafísica, es decir, averiguación del fondo último de las cosas, como ser o como sustancia... La filosofía es una doctrina no metafísica del sujeto... La filosofía es la ciencia de los principios... La filosofía es enciclopedia científica y concepción del mundo... La filosofía es doctrina de los valores... La filosofía es doctrina del ser y del valer...". Definiciones correspondientes a etapas distintas del proceso de la cultura, con sus figuras representativas y los nuevos interrogantes que toda inquietud intelectual hace a los misterios que nos rodean. Pero filosofar, que no es lo mismo que filosofía, es en realidad un continuo interrogar e interrogarse, y de ese filosofar nace la filosofía. Hay siempre una corriente, una simbiosis espiritual, entre el sujeto y el mundo, que al determinar posiciones de la mente humana determina teorías filosóficas. Mas para que la filosofía sea clasificación teórica hace falta el sistema. ¿Lo tuvo Vaz Ferreira?

Arduo problema el de clasificar el pensamiento de un hombre en la clasificación sistemática o asistemática de una teoría. Del conjunto de la obra de Vaz Ferreira se desprende una corriente asistemática; su pensamiento gravitaba sobre los hechos según una impresión circunstancial de tiempo y lugar, no movido por una proyección determinista *a priori*. Y la palabra determinista nos lleva al libro de mayor contenido sistemático en el pensamiento filosófico de Vaz Ferreira, "Los Problemas de la Libertad y los del Determinismo". Y es en este libro que el pensamiento de Vaz Ferreira sale por los fueros de la filosofía asistemática. ¿Son, libertad y determinismo, dos principios concordantes? ¿Lo son, acaso, opuestos? He aquí la posición del maestro:

"Con respecto a los problemas de libertad, me parece absolutamente evidente (y esta evidencia absoluta no ha podido ser oscurecida sino por la confusión de los dos problemas), que, tanto en el caso de que se tome como sujeto al hombre entero, como en el de que se tome como sujetos a la voluntad del hombre o a su personalidad, la independencia (parcial, naturalmente) de cada uno de estos sujetos con relación al exterior a ellos —a lo no ellos— no puede ofrecer ninguna duda. O sea que estos problemas —que son los de interés humano— se resuelven categóricamente en el sentido de la libertad."

Ya es bastante, mucho, en estos tiempos en que la libertad, y por consiguiente la personalidad humana, viene siendo fogueada por los totalitarismos de izquierda y de derecha. Pero el hecho evidente es que Vaz Ferreira se evade aquí del discurso sistemático, de lo que libertad y determinismo son como datos sistemáticos de la filosofía, para enfrentarse con la libertad y el determinismo como fuerzas normativas del hombre en cuanto ser sociable y político, lo que equivale a denominarle ser de convivencia terrena.

Cuán lejos de la filosofía de los grandes maestros, así llamados por su absolutismo normativo: Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Leibnitz, Kant, Hegel, Comte... No importan tanto los sistemas de conocimiento, lo que importa es la vida, pero la vida como valor, como uno de los tantos valores dependientes del hombre. Y el hombre, superando sus fuerzas instintivas —ojalá no se desprenda absolutamente de ellas— va ofreciendo a la vida una serie de nuevos valores que no pueden encasillarse en los sistemas.

Pero, ¿es o no Vaz Ferreira un filósofo? No lo es en el sentido de creador de un sistema que aclare el aspecto trascendente de la vida en sus orígenes y sus fines, sí lo es en cuanto nos enseña a situarnos ante la vida, mejor dicho, ante el aspecto social de la vida. Un gran pensador ensayista, estilo inglés, precisamente por el valor social de su docencia. Se olvidarán algunos sistemas filosóficos con sus tratados de lógica, pero el rigor logicista de "Lógica viva" permanecerá actual para un procedimiento valorativo de los hechos; muchos tratados de ética sistemática se consumirán en el aislamiento de los anaqueles, pero "Moral para intelectuales" permanecerá vivo como norma formativa de nuestra personalidad; nombres y autores con sus textos pasarán barridos por el viento de nuevas ideas y nuevos hechos, pero "Fermentario" será siempre un vademécum que enseñe a las nuevas generaciones a pensar con juicio independiente.

Si nos fijamos en el panorama filosófico de nuestro siglo y sus grandes filósofos, los que más fiebre espiritual han dejado en la inquietud de los estudiosos, ¿qué otra cosa hicieron sino lo que Vaz Ferreira hizo? Wilhelm Dilthey en Alemania, Henri Bergson en Francia, Benedetto Croce en Italia, Bertrand Russell en Inglaterra, José Ortega y Gasset en España, Alfredo N. Whitehead en Estados Unidos, ¿qué otra cosa hicieron sino alertar al hombre ante el espectáculo del mundo? ¿Qué otra cosa está haciendo la filosofía existencialista de nuestros días? Desde Kierquegaard y Unamuno a Heidegger y Jasper, la filosofía deja los ciclos sistemáticos para interrogar al hombre, para que el hombre se interrogue a su vez y trate de conocer su propia significación de criatura finalista, eso aún en los casos que, como el de Sartre, se considere que en el hombre no hay fin alguno, o por lo menos no nos lo ha indicado hasta la fecha.

Ahora, viejo maestro, ya no podrás enojarte porque te llame viejo o anciano, aunque en realidad tu edad ha sido siempre la de tu espíritu, y eres de los pocos escritores de quienes se puede decir que su letra es espíritu.

Y ahora, no sé si con esto quedará saldada la deuda contraída con el Dr. Emilio Oribe, o si la habré saldado a su gusto.

F. FERRANDIZ ALBORZ

(Especial para EL DIA)



Es pequeña e indefensa. Sólo tiene la ciencia ambigua de su gesto leve.
D. I. R.

LA MANO, HERRAMIENTA DE LO ETERNO

EN el imperio de la inteligencia, la mano del hombre ha sido la eje utora fiel. Entre la mente que gobierna y la mano que obedece, la correspondencia y la armonía son tan sutiles, que en ocasiones la mano parece independiente, como si actuase liberada del mandato del pensamiento.

Nos movemos en un mundo de formas que cobran por el tacto su confirmación, como el ciego que palpa los contornos para recrear íntimamente la imagen del mundo. Y la mano es el instrumento sumiso, el intermediario entre la realidad y la captación sensible del objeto. De lo exterior hasta el hombre, ella tiende el puente, establece el contacto, es el punto de apoyo, el nexo entre la cosa y el intelecto.

Nada existe, como creación, donde el hombre no haya puesto su mano. El juego formidable del genio, la inventiva, la paciencia investigadora, la habilidad, se tradujeron en el acto ejecutivo en la manualidad exacta, en el gesto realizador.

Talló el sílex, prendió el fuego ahuecó troncos de árbol; empuñó el arado y echó la red. Movió el timón, remó en las galeras del Mare Nostrum, construyó casas, espada, arcabuz, astrolabio. Toda la civilización pasa por la mano del hombre. La evolución del universo, roza la palma ahondada para aprehender el signo de eternidad que el ser humano anhela con el fin de justificar su tránsito terrestre. Después de empaparse en la sangre que resbalaba por el asta de las lanzas; de chamuscarse en las ordalías del Medioevo; de enarbolar la cruz de los Cruzados; de emerger como desgajadas de la tierra en las estatuas góticas, subrayando el misticismo ascensional que las estiliza y descarna como preanuncio de la osamenta; de redondearse sensualmente en las telas de los maestros renacentistas invitando a la molicie y al beso, se tornaron aristocracia e intriga en el ademán ritual de los Papas políticos o de los grandes señores que las hacían portadoras de tenebrosos designios, en el lenguaje avieso del estilete o en el veneno encerrado en los anillos. Y como dio la muerte, dio la vida. Sajó con el bisturí la carne enferma, manejó el microscopio para conocer lo invisible, fabricó telescopios para aproximarse a lo remoto. La mano ahondó en el misterio, se aventuró en zonas desconocidas, palpó el enigma.

En el devenir de la humanidad, la mano tiene un subyacente papel protagónico. Su fisonomía a través del tiempo define el espíritu de las épocas. Los egipcios nos han dejado estatuas e inscripciones en las que el individuo enseña manos tiesas, de dedos unidos, pegadas al cuerpo, y todo él configura la rigidez de un orden social fieramente estipulado. Pero la estatuaria griega arranca las túnicas, muestra el palpitante torso desnudo, y las manos libres se mueven con todos los gestos de la vida; y del maravilloso acervo artístico que heredó de Grecia el mundo, nos queda una inquietante nostalgia: ¿cómo fueron las manos de la Victoria de Samotracia? Y, en otro plano, también: ¿cómo fueron las toscas manos del campesino que desenterró un día el cuerpo de la Venus de Milo?

Manos... Manos anónimas, endurecidas en menesteres rudos, en abrir la gleba, sembrar el grano, recoger el fruto, talar, serruchar, martillar en las fraguas, manos de la humildad que carecieron muchas veces del pan imprescindible, y que un día trajeron la más memorable revolución de la Historia, alzadas en puños de ira para proclamar los derechos del hombre, frente a las altas verjas de los últimos Capeto; manos que derribaron la Bastilla y abrieron el camino de la Libertad. La historia del mundo está regida por el ademán humano.

En su admirable "Elogio de la Mano", Henri Focillon apunta: "La posesión del mundo exige una especie de olfato táctil. La vista resbala a lo largo del universo la mano, en cambio, sabe que el objeto tiene peso, que es liso o rugoso, que no está soldado al fondo de cielo o tierra con el cual parece formar cuerpo. La acción de la mano define los vacíos del espacio y los llenos de las cosas que lo ocupan. Superficie, volumen, densidad, gravedad, no son fenómenos ópticos. El hombre tiene noción de ellos ante todo por sus dedos, por el hueco de la palma de su mano. Medirá el espacio no con la mirada, sino con su mano o su paso. El tacto llena la naturaleza de fuerzas misteriosas".

Esa fuerza misteriosa que emana de los dedos ágiles, poseedores de flúidos invisibles, de magnética atracción, confiere a la mano el sumo don de la expresividad. Crispada en la cólera, curva en la codicia, suave, tierna, cariciosa, laxa, toda la gama del sentimiento desfila en la contracción de sus tendones y sus músculos, en el abanico de los nervios, en la red fluvial de las venas que se transparentan y azulean bajo la piel. Y la mano en reposo, qué repentino huerto de abandono y ensueño nos ofrece, cuando a su inmovilidad corresponde el vagabundeo onírico y el abstraído y recoleto goce de la fantasía...

Hay un trasfondo de heroísmo en la tentativa de la mano que investiga y que crea. En la hazaña del progreso científico, del adelanto y perfeccionamiento de la máquina ¿cuánta mano inmolada, mutilada en la empresa? Son los "accidentes del trabajo"; el trabajo, que en lo físico y en lo moral deja su marca siempre. Antes de convertirse en útil de labor, la mano fue instrumento belicoso; antes de escribir un poema o bosquejar un cuadro, antes de manipular la retorta del alquimista, golpeó, hirió, fue arma de ataque y de defensa. Se levantó para agredir, antes de levantarse en el gesto solemne de los juramentos o estrecharse dulcemente en connivencia de amor. Aprendió a matar y a aplaudir. Manos viriles que empuñaron el halcón, en el deporte cruel de la cetrería; suaves manos femeninas y románticas, hoyueladas de gracia, que pusieron en el cañamazo una puntada y un suspiro; manos patricias que bordaron divisas y banderas, y supieron en horas de peligro poner vendas y caricias; manos de niño inmersas en la ficción del juego que es un ensayo del vivir; manos sarmentosas cuyas arrugas son las cicatrices de la experiencia, todo lo abarcan en el tiempo y todo lo resumen en su callada sabiduría.

Porque todos los oficios y todas las artes son dominio suyo, y la mano del trabajador, curtida en la brega de cada día, guarda las huellas del quehacer como la del intelectual o el músico. La mano que pulsó la lira, que recorrió el teclado de los pianos, que arrancó sonoridades recónditas al *cello* o a la guitarra, lleva también las señales del ejercicio, como la del escritor a quien se le deforman las falanges por el hábito constante de sostener la pluma. Tan noble una como otra, "la mano del albañil de catedrales, la mano de los pintores de manuscritos", como dice Focillon.

Pero la mano del artista lleva la premura de la eternidad que lo acucia. Entre los hombres, ninguno más angustiado por perdurar, por hacer nacer de sus manos, la obra imperecedera. El artista es un tránsfuga perpetuo, con la obsesión de seguir en pie cuando todo se derrumbe, como esas cariátides que permanecen enhiestas aunque no existan más los techos que sostenían. Pinta, esculpe, cincela, escribe, urgido de hambres sobrehumanas y con el afán de que sus dedos logren traducir fielmente el concepto, la inspiración, para disfrutar mientras vive de un soplo de gloria, como anticipo de la incierta inmortalidad apetecida.

Con materia perecedera, el hombre poseído de la chispa divina se busca a sí mismo a través de su creación, espeja en ella su rostro ansioso de durar, y la mano hiende la piedra, hace saltar el prodigio de la forma, se embriaga con los colores para llevar a la tela un trozo chorreante de paisaje, diagrama en la cuartilla el himno de su sangre trocado en la moneda áurea de la estrofa, inscribe en el pentagrama el arrebato inefable de la melodía que bate en sus pulsos, y todo, para elevarse del minuto fugaz y devorante, poniendo un penacho de quimera sobre el pedestal de su sacrificio y de su esfuerzo. Con genial aliento aprieta en pocos versos Delmira Agustini cuanto en la mano cabe de plural y enigmático: *"Y las manos, las manos colmadas de destinos / secretos y alhajadas de anillos de misterio... / Hay manos que nacieron con guantes de caricia, / manos que están colmadas de la flor del deseo, / manos en que se siente un puñal nunca visto, / manos en que se ve un intangible cetro; / pálidas o morenas, voluptuosas o fuertes, / en todas, todas ellas, puede engarzar un sueño".*

Y esta no es la alabanza de la mano. Ni de aquellas ilustres que prestigiaron la tarea artística, ni de ésta, obediente, la nuestra, dócil para el oficio impuesto; sino apenas soliloquio en torno de la menuda mediadora entre el ser mortal y el estremecimiento de belleza que constituye en rigor el único remedio accesible de inmortalizarse.

La mano es su última esperanza: en tan frágil herramienta cabe la eternidad del hombre.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Miguel Angel. — Detalle de la "Piedad" (Mano izquierda de la Virgen).



Miguel Angel. — Detalle del "David" (Mano derecha).

SOLO EN EL MONTE

—¿Y vos vas a entriegarte, gran zonzo?...

Hundiendo aún más la cabeza, hizo un signo afirmativo Gaetano.

—¡Que no se diga! Se ve que nunca te metieron en el calaboro.

Exageró entonces el brillo de sus pupilas maliciosas don Honorato, para aleccionar al joven.

—¡Habiendo patria pa correr, un hombre e tu laya nunca debe entriegarse!

Con agilidad impropia de sus años, el viejo saltó del caballo. Quería cambiárselo al amigo.

—Tomá mi "gateao". Es baquianazo en el monte. Diez años lleva ayudándome a meter contrabandos. Huye de los melicos sin que lo arreen, como de mandinga. Te lo doy en pago de lo mucho que m'has favorecido.

A lo lejos vieron dos policías:

—¡Que dios te ayude! Metéte en el yuyal y cargá luego hacia el arroyo. Dejá al mancarrón que nade hasta que se canse, dentro del Cebollatí. ¡Por la pisada asin, naide va a dar con vos!... El monte es grande. ¡Ni anque venga el regimiento pueden batirlo!

Picó espuelas Gaetano, siguiendo las instrucciones del contrabandista.

—¿Dónde iba a salir?... ¿Qué haría en lo sucesivo?... Ignorábalo todo. Su primer impulso, realizadas las muertes, fue ganar la frontera brasileña.

Invadido por la tristeza y el desaliento, luego se quiso presentar:

—¡Se conoce que n'has estao nunca como yo en una prisión! — previnole don Honorato.

Gaetano tuvo miedo. Pensó en la libertad. Y huyó...

Gaetano era recio, corpulento, pacífico, de cabello y bigote azafranados. Había nacido en Italia. Sus padres trajéronle al país cuando apenas contaba 8 años. Vivió siempre del otro lado del río, frente a las sierras de Rocha, en la llanura... A la muerte de los padres, una hipoteca antigua y la trampa de un leguleyo le dejaron sin el pedazo de tierra que tanto había querido. Tuvo que emigrar en busca de trabajo.

Don Quintín, el molinero del Rincón, lo tomó a su servicio. Gentes muy distintas de las que él conocía, poblaban el paraje. Oyó murmuraciones pérfidas de continuo. Cierto negro, peón también del molino, al que las muchachas rehuían por el color, le explicó a poco de llegar:

—¿Sabes por qué tiene hijos contrahechos el chacarero de la Laguna? Porque a que pasa por mujer es hermana.

Dios se vengaba, según los díceres, enviando monstruos por la corrupción de infinitas criaturas de aquel pago: primos hermanos que contraían enlace, padres desfloradores de sus hijas, madre que amancebábanse con sus vástagos... Y lo peor es que justificaron siempre las uniones de un modo jactancioso, casi solemne:

—¡De la junta de las mismas sangres dimana la sangre real!

Mas, el castigo divino, según el cura de Lascano, caía inflexible sobre los culpables, dándoles una porción de jorobados, de mudos y de locos.

Al año de vivir allí, Gaetano que iba muy poco al pueblo, comprobó que en los que creyera chismes, hubo siempre algo cierto. No obstante, la belleza del lugar le retuvo. El Rincón era próspero. Tras las inundaciones periódicas del Cebollatí, el suelo parecía más ubérrimo. Hasta las reses que pasaban el invierno en los fríos bañados, tenían más precoz y fuerte desarrollo entrando la primavera.

Don Quintín el molinero, llegó a distinguir a Gaetano. Era un viejo magro y nudoso, tan activo como locuaz, sin más familia que la nieta, aún vestida de corto. Cuidaba a ambos una mujer deforme, mezcla de peona y celestina.

Salvo un inglés silencioso, ágil como un macaco, que se emborrachaba todos los sábados, eran criollos todos los servidores del molino. Más que la tarea extenuadora de adentro, gustábale a los peones el andar a caballo por el campo.

A los dos años, don Quintín, viendo a Gaetano sobrio, laborioso y apartado, lo hizo su capataz. Fue "el gringo" con la consiguiente envidia, quien inspeccionara de continuo la presa y los canales, la chacra y los pastoreos.

Al revés de sus compañeros, Gaetano nunca se permitió lisonjear a la China, la nieta del patrón, que se iba haciendo mujer.

En los días domingos, con un vestido rojo, era una flor más de aquella sierra abrupta que hacía de fondo y en cuya ladera se entrelazaban y confundían ramas de sauces, y canelones, sarandíes y coronillas, blanquillos y pitangas...

Como el fruto fresco de este punzante árbol autóctono eran los labios de la mocita.

*

Gaetano, a veces, trepado en la chimenea del molino, mientras giraba abajo aquel enorme tambor que era como el rodaje de una espuela gigante, la veía lavar ropa. Y temblaba el hombre. ¿Cómo definir el sentimiento que poníale convulso?...

¿Torpes instintos?... ¿Lascivia?... ¿Amor acaso?... Sus fauces se resecaban y abrían como las de un zorro sediento.



DIBUJO DE YANDI LUZARDO

Y el parco gringo, tan manso, llegó a ponerse en celo, y un día que viera un pardo cliente aprisionando la cintura de la muchacha, lo solivió para tirarle dentro de la presa

Cuando a don Quintín le impusieron de aquello, quiso hablar a solas con Gaetano:

—¡Va a despedirme! —díjose in mente el mozo—. No hay q'hacerle, juí un animal.

Grande fue el chasco. No sólo aprobaba su hazaña don Quintín, sino que parecía alegrarse con la pasión del mozo:

—Decí la verdad, gringo: ¿te casarías con ella?...

Y cuando se casaron, el molinero le advirtió ladino:

—Enteráte de que es mi única heredera. Pero, como mis direciones aquí son oro porque a comerciante y vivo nadies del Rincón me gana, creo no tendrás interés en que yo me muera. ¿No es cierto?...

Guiñó un ojo cínico:

—¡Cuantos más años tenga el viejo, más plata le ha'e quedar a los hijos del gringo!

*

Todo esto lo ha recordado el fugitivo, mientras el caballo, braceando en el río, dejaba en pos de sí una ancha estela de cristal. Recuerda también Gaetano la hora trágica en que sorprendió el terrible secreto: los amores incestuosos del viejo y la nieta a sus espaldas.

Una ola de sangre le envolvía, pero de su mano cobarde resbaló el cuchillo. ¿Matar a don Quintín?... ¿Destrozarle a la perjura el vientre ahora, cuando debía nacerle un hijo?... Porque de eso él está seguro: la fecundidad de la China es obra suya.

Esperó un mes presa de una angustia mortal. Guardó ansioso el secreto y su pena. Las gentes de la zona, sin embargo, comenzaron a tejer comentarios desfavorables. Un día, al despedir un peón apodado "El Chajá" por lo escandaloso, Gaetano recibió la cachetada en pleno rostro:

—¡Métase bien el sombrero, que lo tiene desacomodao en la frente!

"El Chajá" echóse a reír, mientras el otro enrojeció de ira y de vergüenza. Quiso el mal hado que poco rato después —¡cosa de mandinga!— sorprendiera a los culpables.

Esta vez, la mano conservó su firmeza, en tanto el cerebro se oscurecía. ¡Cinco, diez, quince puñaladas!...

*

Desde que don Honorato el contrabandista dióle a Gaetano su mejor caballo, han pasado muchos días. Los guardia civiles no hallan "el criminal", refugiado en el monte profuso.

Cien huellas distintas siguieron los rastreadores. Pero la búsqueda fracasó cien veces. El jefe político telefonea a diario:

—¿Qué hace la Comisaría?...

Una mañana el Comisario sabe que del ruinoso cementerio han robado el cadáver de China Méndez.

—¡Eso ha e ser el juido! — pregonan los vecinos.

Nuevamente se dan batidas en el monte. Recorren, recorren...

—¡Comisario, vea esta cruz!

La tierra hállase recién removida. Dos ramas de sauce burdamente "atilladas", evocan allí el madero místico del Redentor. Hay unas flores secas.

—¡Esto es cosa'el gringo!

—¡Dejuro!

El superior y sus subordinados se emboscan allí cerca. Transcurre medio día:

—¡Tengo que volver al pueblo! ¡Hay que dejar vigilancia!... —dice el Comisario.

Busca a un viejo cabo, hombre de astucia y valor, que antes fue matrero y ahora sirve a las autoridades. Le merece gran confianza. Debe acompañarlo uno de los guardias civiles más jóvenes.

—¡El criminal ha de volver! ¡Quédense atentos!...

Tendidos sobre los cojinillos, se pasan una noche. Al aclarar, la greguería de los



SEÑOR RAUL SOLER, de cuyo lamentado fallecimiento se cumplió recientemente el tercer aniversario, lo que dio motivo a que sus incontables amigos y correligionarios tributaran emotivos homenajes a su memoria. Ejemplo de ciudadano probo, generoso y altamente inspirado en su vida pública y privada, miembro destacado del Batllismo, la muerte de este digno compatriota constituyó una sensible pérdida para la República.

"SIMBOLOS DE PROPAGANDA EN LA NATURALEZA"

SERA muy difícil que llegue a establecerse un símbolo de la propaganda en general y aún podría decirse imposible, dada la frondosidad de sus aspectos y el incesante acrecer de sus líneas hacia campos que, como el de relaciones públicas, se sitúan ya en la actividad social.

Se ensayó en otros tiempos arribar a una representación concreta de la función propagandística. Sténtor, el guerrero argivo cuya formidable voz superaba la de cincuenta hombres, fue una de las figuras más solicitadas para el caso. Su influencia ha sido larga: nuestro idioma ofrece la huella en la palabra "estentóreo", que recuerda la retumbante voz del heraldo griego ante los muros de Troya, y algunos otros idiomas registran la palabra equivalente.

Por el mismo camino se ensayó representar la propaganda mediante trompetas, megáfonos, altavoces, platillos y variados instrumentos de percusión. Desde luego que ninguno de esos símbolos podía satisfacer dada la prepotente vigencia de la imagen, a través de la cual nos llega un noventa por ciento de nuestras sensaciones. Y fue tal vez atendiendo a la circunstancia antedicha que la propaganda francesa sacó a la calle hace cosa de treinta años, aquel diagrama de *Pum... en el ojo* que un día logró aceptación universal.

En el mismo orden se registraron, en el correr de los años, representaciones mediante dedos índices, ojos de lechuza, haces de luz, figuras o letras aumentadas, etc. que tampoco perduraron por su evidente limitación a uno de los aspectos de la actividad publicitaria. Asimismo, de la combinación de los dos aspectos — acústico y visual — tampoco pudo obtenerse nunca un emblema perdurable y valedero.

Ahora bien, si abandonamos ese camino de las formas y los medios de divulgar, para atenernos al sentido y esencia de la propaganda, encontramos en el mundo animal una figura que se presta muy satisfactoriamente a convertirse en su casi completo símbolo. Es la tan conocida y celebrada del pavo real.

Es lugar común de la literatura y la fábula que el ave de Juno representa la vanidad y el exhibicionismo. Mas, ¿por qué no ajustar la mira? Se encuentran en ella el instinto y la técnica de la publicidad y algunas de sus mejores virtudes.

En primer lugar, despliega sus plumas tal cuales son; sin artificio, agregado ni engaño. En este aspecto supera muy de lejos a los humanos, maquillados, mejorados y retocados de la cabeza a los pies.

Y representa la norma fundamental de toda propaganda honesta: la etiqueta no debe mentir. No es dado al publicista inventar cualidades inexistentes ni atribuir a un producto valores que no posee. Lo que puede y debe hacer es exaltar sus propiedades; prestigiarlas, insistir con ellas, ponerlas de relieve, señalarlas de todas las maneras posibles.

El pavo real no hace más que eso; y lo hace en la forma espectacular, reiterada y tenaz que precisamente lo tipifica. Nunca se cansa de exhibir su brillante muestrario: de hacerlo girar en trescientos sesenta grados para dar a todos igual oportunidad de ver. Posee, pues, lo que en "Filosofía de la Propaganda" llamé *animus propagandi*, en su primaria expresión. Van, pues, dos tantos a su favor.

El tercero es muy importante, aunque para las aves en cautividad pierda bastante de su significación. Me refiero a los riesgos que debe afrontar el vistoso plumífero para cumplir con las exhibiciones que el instinto le ha prescripto. Es sabido que las especies poco aguerridas deben disimularse o "camouflarse" para sustraerse a los ataques de las demás. Y el sino del pavo real es la ostentación. Con su vuelo pesado y corto, ¿cuál podrá ser su aventura frente a los animales de presa?

Tal es el puntaje que acredita el pavo real en el difícil y jamás terminado concurso. Un buen emblema de la propaganda, en su esencia, lo constituiría su figura, a pluma desplegada, con la leyenda: *Así debe mostrarse la verdad: con sus propios colores - ante los ojos de todos - sin impaciencias - con confianza - sin miedo - con tenacidad.*

Y si, volviendo al párrafo primero, debo reconocer que la propaganda es irrepresentable: que en cuanta proyección síquica del hombre mismo, se confunde con éste y resulta por ello indefinible para siempre, siendo por tanto inútil proponer su símbolo; queda, sin embargo, una más modesta pero eficaz aplicación de esa figura con su leyenda. Puede constituir un buen elemento decorativo: un "algo para recordar" entre las personas del oficio o para todo aquel que alguna vez necesite afrontar al público para gritar una idea o defender un derecho.

*

El catálogo de la propaganda en relación con el mundo animal puede seguirse con muchos otros ejemplos. Sería imposible no recordar al grajo, cuyo supuesto hábito de vestir plumas ajenas ha tipificado la fábula hasta hacerlo símbolo de la etiqueta mendaz, del mérito postizo.

Viene en seguida a la memoria el tero, tan famoso por su estratagema de llamar la atención hacia un punto distante de su nido: uno de los más viejos trucos en propaganda doctrinaria y social. Y no puede olvidarse a la calandria, ave especialista en imitar el canto de las otras.

En la publicidad moderna, especialmente la ideológica, el hombre ha convertido esta comedia sonora en ajustada técnica, que configura uno de los más graves vicios de nuestra interrelación social.

No es posible seguir adelante sin mencionar al loro, chillón repetidor de palabras cuyo sentido no posee. Emite sonidos sin saber de significados ni consecuencias. Representa así la maquinaria propagandística en su objetividad técnica; en su cariz instrumental, desprovisto de alma que esparcirá lo bueno, lo malo y lo peor con idéntica desaprensión. También representa la política de consignas y "slogans" que se repiten sin averiguación de contenidos ni medición de resultados: simplemente porque se ha dicho que hay que repetirlas.

Otro ejemplar famoso en la lista es el camaleón. Por harto conocido podría omitirlo; pero el caso es que brinda la oportunidad de señalar aspectos muy mal avaluados de su transformismo. Se le ha hecho el símbolo fácil de versatilidad ideológica. Ello no es totalmente justo.

La verdad es que el extravagante saurio apenas dispone de tres o cuatro matices bajo su piel traslúcida, para variarlos de acuerdo con el ambiente. No pasa de ahí ni cuenta con otros elementos. Su mimetismo — como todos los mimetismos — obra dentro de leyes infranqueables. Por lo cual sus disfraces tienen, por así decirlo, la honestidad del oficio. Y bien, hombres hay en la actividad propagandística sujetos a iguales límites. Adoptan una primaria mimesis respecto al ambiente inmediato; pero no la complican con otros artificios ni subterfugios. Es, pues, una primaria maniobra defensiva que puede perfectamente aceptarse como una de las necesidades del oficio.

En rigor, toda figura animal se presta a la explotación propagandística. Ya antaño la heráldica aprovechó exhaustivamente las figuras de leones y jabalíes, águilas y dragones. La moderna propaganda sólo ha ampliado el catálogo de sus símbolos y blasones. "Seguro abrigo", dice el fabricante de telas mostrando al canguro dentro de la bolsa materna. "Nadie lo pasa por alto", afirma la leyenda que acompañó a la jirafa en la publicidad de folletos. Una cabeza de buho sirvió al municipio montevideano para ilustrar su campaña al instalar los semáforos. Y toda la escala de la visión ha sido representada por medios zoomórficos que van desde el águila al topo, sin faltar un ejemplar tan curioso como el del *tarsier* que aquí se reproduce, emblema de vigilancia en las lejanas islas del Pacífico. En materia de previsión o laboriosidad, nos son más que familiares las figuras del hornero y del castor, y así sucesivamente.

Fue un día popular en todo el mundo aquella maquette asociada a la leyenda "La voz del amo", sólido motivo publicitario de los primeros fonógrafos — hoy día se llaman tocadiscos — que mostraba un atento y sorprendido fox-terrier ante la bocina del aparato. Y es en la especie canina donde indudablemente se halla uno de los mejores motivos de la propaganda, el cual, a lo que sé, permanece olvidado o no ha sido descubierto como tal.

Según comprobaciones de los primeros aeronautas — aquellos intrépidos barbudos de los globos a hidrógeno — el ruido que se sigue oyendo claramente mucho después que todos los sonidos de la tierra se han apagado, es el ladrido. Nada más y nada menos que el ladrido. ¿Será acaso una reconfortante señal de que la lealtad es la que prevalece en las alturas? El perro se da entero en el ladrido: vuelca enteramente en él su instinto de custodio fidelísimo e insobornable. Quizá por eso alcanza a hacerse oir más alto que nadie. Hay que tenerlo bien presente en toda faena de difusión o propaganda.

Roberto FABREGAT CUNEO

(Especial para EL DIA.)



No sabemos si en lejana isla de Mindanao hay buhos o lechuzones, pero los indígenas han hallado en este simpático y horroroso "tarsier" el emblema de atención y vigilancia que aquí se confiere a aquellas aves.



El occidente ha encontrado en el perro el símbolo de fidelidad y abnegación; su ladrido, pese a no ser de timbre agudo se oye a distancia considerable y tiene la preminencia en la atmósfera alta, según se explica en el texto.



El eterno huésped de circos y zoológicos fue, en heráldica, símbolo de bravura y fuerza. En propaganda moderna ha sido recordado también por otros motivos, por ejemplo, un fabricante asoció la figura del león con el "pique" de su marca de auto.

---

pájaros es como un himno al sol, que sube rojo, ardiente, magnífico...

Se oye el relincho ahogado de un caballo. De pronto crujen ramas. Llega claro el rumor de pasos sobre hojas muy secas. Empieza a oler en seguida a pasto pisado. Surge Gaetano. Viene a pie trayendo su hábil caballo del cabestro. Ante la improvisada tumba, Gaetano cae de rodillas. Está flaco y en sus ojos hundidos hay dos llamas fatídicas.

—¡Cabo, áhura!... ¡Démosle áhura el alto!...

La voz del policía, que es casi un muchacho, tiembla. Pero es firme la del inmediato superior, que aduce:

—¡Yo, mientras no me comprometa, a un hombre güeno nunca lo priendo!

Oyese el trino, roto y como agresivo, de un cardenal. Pasa volando una bandada de mazaricos. Dos gavilanes afilan sobre un tronco seco sus recios picos carniceros...

Por sobre la cabellera encrespada del bosque criollo, se erige la copa de una palma desmelenada, que acaso añora los climas tropicales...

Y en el fondo del paisaje, la chimenea del molino, cuya enorme rueda no gira desde el día de la venganza, es un inmenso índice que apunta a los cielos...

Vicente A. SALAVERRI.

(Especial para EL DIA).

Dibujo de Y. LUZARDO.



Familia vasca en recogido ambiente doméstico de paz y austeridad.

EL ENIGMA DEL IDIOMA VASCO

El polígrafo Julio Cejador, empecinado vascófilo, dejó sentado que la lengua vasca (llamada éuskara en la lengua propia) es la más antigua del mundo; pero no dejó expresadas con mucha claridad las teorías acerca de su origen. Este concepto de la mayor antigüedad es discutible, porque también las lenguas asiáticas se remontan a los orígenes de la sociedad.

Fue el ilustre alemán Guillermo de Humboldt, quien a fines del siglo XVIII sustentó la hipótesis de que la lengua vasca es la supervivencia del idioma ibérico hablado en la península antes de la colonización romana. Esta suposición ha sido rechazada por muchos sabios modernos, entre ellos, por Philipon, Winson y Schulten. No obstante, los investigadores que se agrupan en torno a la escuela de Menéndez Pidal, aceptan el origen ibérico del vasco.

Es interesante destacar que distinguidos filólogos de diversos países europeos se preocupan por este problema, a tal punto, que hasta los comienzos de la segunda guerra mundial se publicaba en Berlín la revista "Euskara", destinada a dilucidar los orígenes y evolución de la lengua que nos ocupa; lo propio ocurrió en Viena con los estudios que publicaba el Museo Etnográfico.

El problema resulta de muy difícil solución categórica, porque se ha descubierto que el vascuence se encuentra emparentado con idiomas muy dispares como el hebreo, el celta, el etrusco, el japonés, el sánscrito, el caucásico, el bereber y hasta con las lenguas indígenas de América. En virtud de ello, el gran vascólogo Hugo Schuchardt dijo que el idioma éuscaro es como esos monstruos submarinos de la mitología, que vistos a la distancia parecen fáciles de dominar; pero que al aproximarnos a ellos amenazan estrujarnos entre sus tentáculos.

Una de las cuestiones más interesantes es la relativa a la conservación sin influjos del idioma vasco, que se resuelve con criterio simplista arguyendo se habla en una región montañosa poco accesible, y por tanto, inmune a las sucesivas invasiones que sufrió España. Sin embargo, Cantabria, Asturias y Galicia son tan montañosas, o más, que las provincias vascas y fueron zonas en las que se operó la romanización. Es curioso que en Guipuzcoa y Vizcaya se mantiene un vascuence de viejos caracteres; en Navarra se halla muy evolucionado y en Alava ha desaparecido casi totalmente. Esto se debe a múltiples razones de cristianización, porque en toda la región vasca hubo corrientes romanas de distinto carácter, como lo prueban los préstamos y las inscripciones comparativas.

El vasco es una lengua de tipo aglutinante, es decir, fusiona dos o más raíces para una expresión perifrástica. Este aspecto se advierte bien en los apellidos, que son de origen solariego o toponímico. Así ELIZONDO significa (junto a la iglesia), ITURBIDE (camino de la fuente), ZULUETA (sitio áspero por sus hoyos), UNAMUNO (extremidad del valle), LARRAMENDI (monte de pasto), SALTERAIN (sobre el corral), MENDIZABAL (monte ancho).

La gramática de la lengua vasca tiene peculiaridades que difieren de las restantes de las lenguas europeas. Por ejemplo: el artículo se construye enclítico, es decir, unido al final del sustantivo y los verbos tienen voz activa y pasiva como en español, pero se conjugan de manera especial según que el hablante se dirija a una persona de respeto o de confianza. El alfabeto consta de veintiocho letras, entre ellas las singulares "tz" y "tx".

Un aspecto que dificulta el estudio del vascuence es la carencia de una verdadera literatura, pues las obras de este género están limitadas a asuntos de devoción y a motivos populares. Datan del siglo XVI, es decir, desde el Renacimiento, las obras más antiguas. Una colección de poesías religiosas y eróticas de Bernardo Dechepare aparecida en 1545, se conceptúa el primer documento de la literatura vascuence. En cuanto un vasco se siente literato, escribe en lengua española, por la sencilla razón de su universalidad, como ha ocurrido en los últimos tiempos con Unamuno y Baroja.

La lengua vasca ha sufrido recientemente los influjos de la política y las acometidas de las modernas civilizaciones. Su léxico se ha modificado y enriquecido, y un criterio racional ha cambiado el arcaico mecanismo de su gramática, pero con la inevitable desaparición de sus dialectos, entre ellos, el vizcaíno y el guipuzcoano, que tienen singular colorido.

El mejor diccionario de la lengua vasca pertenece al estudioso Resurrección María de Azkue, así como la más completa gramática es de Campión y los mejores estudios generales de estructura y fonología son de Julio de Urquijo, que es erudito autor de más de doscientos trabajos de rigurosa base científica, entre los que se destaca un casi exhaustivo refranero comparativo con el castellano.

Para hallar un caso semejante al de la vivencia del vasco desde las épocas prerromanas, tenemos que acudir al poder de los primitivos idiomas célticos, que perduran en Irlanda y Escocia. Sus caracteres han apasionado y los seguirán por mucho tiempo, a los investigadores lingüistas y a los de disciplinas históricas, porque la vida de los idiomas y la de la historia tienen íntima correlación.

Alberto RUSCONI.

(Especial para EL DIA).


Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS
UN ESPANTOSO GRITO RESONÓ DENTRO DEL MISTERIOSO EDIFICIO, PERO TARZÁN ESTABA RESUELTO Y SE DIRIGIÓ A INVESTIGAR.

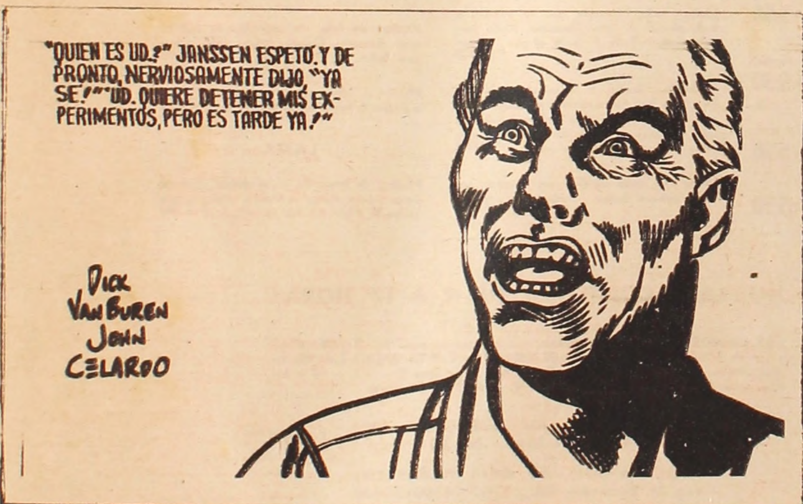

CAÍA LA NOCHE CUANDO CUIDADOSAMENTE ESCALÓ LAS SINIESTRAS PAREDES.


EL HOMBRE MONO SALTÓ LOS MUROS DE LA FORTALEZA Y SILENCIOSAMENTE SE DEJÓ CAER EN LA OSCURIDAD.
1440


PERO DE REPENTE VARIAS CUERDAS SE ANUDARON EN SU CUELLO.


VARIOS NATIVOS CAPTURARON A TARZÁN Y LO INTRODUJERON EN UN LABORATORIO LLENO DE TUBOS Y PROBETAS...


ALLÍ ESTABA ERIC JANSSEN, EL CIENTÍFICO EXILADO. ¿SERÍA ÉL EL RESPONSABLE DEL TERRORÍFICO EXPERIMENTO?


"QUIEN ES UD.?" JANSSEN ESPETÓ. Y DE PRONTO, NERVIOSAMENTE DIJO, "YA SE!" "UD. QUIERE DETENER MIS EXPERIMENTOS, PERO ES TARDE YA!"
DICK VAN BUREN JOHN CELARDO


ERIC MANDÓ SUAVEMENTE: "LLÉVENLO! MAÑANA SERÁ DESTRUIDO POR LA CRIATURA!"

UNA ESPECTACULAR SELECCION DE

MEDIAS de Nylon

PRESENTAN NUESTRAS 3 CASAS



Malla Fina. Colores beige. Talles 8½-9-9½-10, el par $ 3.80

Malla Fina, 60/15. Colores beige. Talles 8½-9-9½-10, el par $ 4.50

Malla Fina: Colores de gran moda. Talles 9-9½-10, el par $ 4.80

Malla Fina de gran elasticidad. Colores beige. Talles 9-9½-el par $ 4.95

Malla Fina anatómicas. Tipo americano con dos delicados bordados en el borde del talón. Talles 8½-9-9½ el par $ 5.40

Malla mediana, de buena duración, colores beige, claros y oscuros. Talles del 8½-al 10, el par $ 5.50

Malla fina, elástica y de gran vestir, colores de moda. Talles del 8½ al 10, el par $ 5.50

Malla fina, en colores torcaza o gris, una calidad superior. Talles del 8½ al 10, el par $ 5.50

Malla fina, 60/15, colores beige. Talles 8½ al 10, el par $ 5.50

Malla fina, una media de calidad. Colores beiges de gran moda, (sobre verde). Talles del 8½ al 10, el par $ 5.80

Malla fina. Tipo americana de gran duración, colores de moda. Talles 9-9½-10, el par $ 5.95

Malla fina, elástica y durable. Colores beige o beige torcaza. Talles 8½-al 10, el par $ 5.95

La malla 60/15 es la malla ideal para que sus piernas luzcan esplendorosamente. Colores y talle a su elección. El par $ 6.00

Malla fina, elástica moderna, colores beige, gris o torcaza. Talles del 8½ al 10, el par $ 6.50

Malla mediana, de gran duratión en color beige claro. Talles del 8½ al 10, el par $ 6.50

Malla fina. Una media que ha de hacer la delicia de sus piernas por su justeza, su calidad, su terminación, colores modernos. Talles del 8½ al 10, al par $ 7.00

Malla fina, 66/10 una media que se hace invisible en sus piernas, en modernos colores. Talles del 8½ al 10, el par $ 7.00

Malla fina, de gran elasticidad. Nylon tipo americano, colores claros. Talles del 8½ al 10, el par $ 7.20

Malla 60/15, es una media que dejará gratísimo recuerdo en Ud. por su malla, por su precio, por su duración y su color que dará el toque final a su elegancia. Todo talle, al par $ 7.20

CHICLES

Malla Chicle, la media que se adapta a toda pierna, de gran duración. Malla fina color beige. Talla 1-2-3, el par $ 5.95

Malla fina, dentro de la selección de malla chicle fina, aconsejamos prestarle atención a esta calidad que dará el tamaño y talle que Ud. necesita. En bonito color beige, todo talle, el par $ 6.80

Malla fina, gran calidad muy elástica, bonitos colores beige. Todo talle, el par $ 7.50

Malla fina, decida su mejor compra en chicle, adquiera un par de medias "AMERICANAS" y nos acompañará a repetir que son las mejores. Color beige y para su pie, el par $ 8.50

Malla gruesa: La media chicle malla gruesa, es la media ideal para combatir el frío, es la preferida por las liceales, por ser abrigadas e interminable. Solo en color beige, en el talle que Ud. necesita, el par $ 12.50

TUL INDEMALLABLE CON COSTURA

En medias de tul indemallable con costura, presentamos un selectísimo surtido de colores de rigurosa moda. En talles del 8½ al 10.

El par $ 6.50

El par $ 6.80

El par $ 7.20

TUL INDEMALLABLE SIN COSTURA

La media en tul sin costura le dará un esplendor inigualado a sus piernas, colores que le confunden con su piel, dando la sensación que no lleva medias puestas. Talles del 8 al 10, el par $ 5.80

Malla tela de araña, el par $ 8.50

ALGODON Y MERCERIZADAS

Medias de muselina mercerizada en colores beige, gris o negra. Talles 8½-9-9½-El par $ 2.50

Medias en muselina de algodón, colores beige, negra o gris. Talles 8½-9 9½-El par $ 2.00

HILO

Medias de hilo, de muy buena calidad gran duración. Colores beige, negro. Talles del 8½ al 10, el par $ 4.50

Medias de hilo, colores beige, gris o negro. Talles 8½-9-9½-el par $ 4.20

LANA

Medias de lana, de gran abrigo. Colores beige claro, beige oscuro o gris. Talles 9-9½-10-10½-el par $ 5.80



HORARIO CONTINUO DE 9 A 17 HORAS

LAS LINARES: Harán 12 estelares presentaciones para las 3 AVENIDAS y CASA SOLER, durante el mes de Julio.—Por C X 16 RADIO CARVE los días Martes 7 y 14—Jueves 2 - 9 y 16 y Domingos 5 - 12 y 19 y los Miércoles 1-8-15 y 22 por SAETA T.V. a las 20 y 30 horas.

CASA MATRIZ - AV. AGRACIADA 2302
esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES - AV. GRAL. FLORES 2341
esq. M. Berthelot-Tel. 24200-24300-24400

SUCURSAL CORDON - AV. 18 DE JULIO 1601
esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11

Precios al alcance de todos